

Juan Crisóstomo

SOBRE EUTROPIO

I

Siempre, ciertamente, pero sobre todo ahora, es oportuno el decir: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*. ¿Dónde está ahora la brillante vestidura del cónsul? ¿Dónde las hachas resplandecientes? ¿Dónde

los aplausos, y las danzas, y los convites, y los concursos? ¿Dónde las coronas y los tapices? ¿Dónde el tumulto de la ciudad, y las aclamaciones en las corridas de caballos, y las adulaciones de los espectadores? Todo aquello pasó, y sopló el viento con ímpetu, y arrancó las hojas del árbol, y nos lo mostró desnudo, y le hizo estremecerse desde su misma raíz, y tal fue su empuje, que amenazaba arrancarlo de cuajo, sacando las mismas fibras del árbol. ¿Dónde están ahora los amigos fingidos? ¿Dónde los banquetes y orgías? ¿Dónde el enjambre de parásitos, y la abundancia de vino por todo el día, y las variadas artes de los cocineros, y los que, falsos esclavos del poder, todo lo hacían y decían para adular? Noche era todo aquello y sueño, y llegado el día desapareció; flores eran primaverales, y, pasada la primavera, todas se marchitaron; sombra era, y pasó de largo; humo era, y se disipó; pompas eran y se deshicieron; telas eran de araña, y se deslizaron; por esto continuamente entonamos y repetimos esta sentencia del Espíritu Santo: “Vanidad de vanidades y todo vanidad”; por ser tal, que convendría estuviera esculpida en las paredes, y en los vestidos, y en la plaza, y en las casas, y en los caminos, y en las puertas, y en los atrios, y, sobre todo, en la conciencia de cada uno, que siempre la debería meditar; y puesto que habiendo en las cosas tanto de mentira, de máscara y de ficción, la mayor parte las mira como verdaderas, sería bien que cada día en la comida, en la cena, en las reuniones, advirtiera cada uno a su prójimo, y a su vez fuera de él advertido, que no hay sido vanidad de vanidades; todo vanidad.

II

¿No te decía yo continuamente que el dinero es un siervo fingido? Más tu no me querías sufrir. ¿No te decía que es un criado ingrato? Mas tú no te querías persuadir. Y he aquí que la experiencia te ha enseñado de hecho, que no sólo es esclavo fugitivo e ingrato, sino también homicida; porque él es el que ahora te ha hecho temblar y estremecerte. ¿No te decía yo, mientras continuamente me reprendías por decirte la verdad: “yo te amo más que los que adulan, yo que te reprendo te amo más que esos que hacen tu gusto?” ¿No añadía a estas palabras, que “son más de fiar las heridas de parte de los amigos, que los voluntarios besos de los enemigos?” (Prov. 27, 6), si entonces hubieras aguantado mis heridas, no te hubieran los ósculos de aquellos acarreado ahora la muerte; porque mis heridas dan salud;

pero sus óculos te han causado una enfermedad incurable. ¿Dónde están ahora los coperos? ¿Dónde los que te iban abriendo campo en la plaza, y te decían de parte de todos innumerables encomios? Huyeron renunciaron a tu amistad, buscan su propia seguridad, valiéndose de tu peligro y angustia. Mas nosotros, no así; sino que, ni antes en tu displicente ira te abandonamos, ni ahora en tu caída dejamos de socorrerte y curarte. Y mientras la Iglesia, por ti combatida, ha abierto su seno para recibirte, los teatros por ti tan protegidos, por cuya causa tantas veces te enfurecías contra nosotros, te han hecho traición, y te han arruinado, y a pesar de todo yo no desistía jamás de decirte: “¿Cómo haces eso? ¿No ves que al derramar tu furor contra la Iglesia, te arrojas a ti mismo al precipicio?”, pero de nada hacías caso. Y he aquí que ahora los juegos del circo, una vez consumido tu dinero, han aguzado la espada contra ti; mas la Iglesia, que tuvo que aguantar tu intempestivo frenesí, corre y se afana, para poderte arrancar de las redes.

III

Y esto lo digo ahora, no por insultar al caído, sino por asegurar más a los que están en pie; no para restregar las úlceras del herido, sino para conservar en sanidad, sin peligro, a los que aún no están heridos; no para hundir en el fango al náufrago agitado de las olas, sino para amaestrar a los que navegan con viento próspero, de modo que no se sumerjan. ¿Y cómo se podrá conseguir este fruto? Si consideramos las mudanzas de las cosas humanas; porque también éste, si hubiera temido la mudanza, no la hubiera tenido que sufrir. Pero ya que él ni por sí propio, ni ayudado por otros, se hizo mejor; vosotros, los que os gozáis con las riquezas, sacad fruto de su desgracia: porque nada hay menos firme que las cosas humanas; por eso, nunca se llegará a la realidad de lo que ellas son, sea cual fuere el nombre que se les aplique por su poca estabilidad; bien se las llame humo, heno, sueño, flores primaverales... cualquiera cosa: ¡tan frágiles son, y más nada que la misma nada! Y además de su futilidad tienen evidentemente muchísimo peligro. ¿Quién subió más alto que este infeliz? ¿No recorrió con sus riquezas toda la tierra? ¿No se remontó a la misma cumbre de las dignidades? ¿No temblaban de él todos, y le temían? Mas he aquí que ha llegado a ser más miserable que los encarcelados, y más digno de compasión que los esclavos, y más

necesitado que los pobres consumidos de hambre, pues cada día tiene ante los ojos las espadas aguzadas contra él, el abismo, los virtudos, y hasta el camino que conduce al cadalso, y ni aún se acuerda si se vio en la pasada felicidad, ni goza siquiera de la lumbre del sol; sino que en pleno medio día se ve privado del uso de sus ojos, como encerrado entre paredes y en noche densísima; pero, en fin, por más calamidades que de él digamos, no podremos pintar con palabras el sufrimiento que es preciso experimentar al temer cada hora ser muerto. Pero ¿qué necesidad hay de nuestras palabras, si como en una imagen, nos presenta en si mismo la pintura de cuanto digo? Porque ayer, cuando vinieron del palacio imperial a arrastrarle por fuerza, y se refugió en sagrado, su rostro, como también ahora, ninguna ventaja hacía al de un difunto; rechinaba sus dientes, temblaba con agitación todo su cuerpo; su voz entrecortada, su lengua embarazada, y toda su figura tal, cual era razonable la tuviera un alma de piedra.

IV

Y no lo digo por echárselo en cara e insultarle en su infortunio, sino con la intención de ablandar vuestros ánimos, y moverlos a misericordia, y persuadiros a que os contentéis con la pena que le ha sobrevenido; porque habiendo entre nosotros muchos inhumanos, que también contra mí se quejan de que le he recibido en sagrado; queriendo con mis palabras ablandar su dureza, os lo presento delante, y pondero sus infortunios.

¿Por qué te airas, díme, amado oyente mío? Porque se ha refugiado en la Iglesia, responde, quien continuamente la ha combatido . antes por eso precisamente convendría glorificar a Dios, pues ha permitido se viera en tal necesidad que aprendiera cuánto es el poder y la caridad de la Iglesia: el poder, si, porque ha sufrido tal trastorno por sus ataques contra ella; su caridad, porque, atacada por él, ahora le ofrece el escudo, y le ha recibido bajo sus alas y le ha colocado en seguro, sin acordarse en nada de los males pasados, antes abriéndole su seno con entrañable amor. Este es el trofeo más ilustre, ésta la más gloriosa victoria, ésto es lo que confunde a los gentiles, ésto es lo que avergüenza a los judíos, ésto es lo que les muestra el apacible rostro de la Iglesia, que, teniendo al enemigo cautivo, le perdona, y mientras todos los demás le han despreciado y dejado solo, únicamente ella, como cariñosa madre, le ha ocultado con su propio manto, y ha hecho

frente a la ira del Emperador y al furor e insufrible odio del pueblo; éste es el verdadero ornato del altar. ¿Qué honor, dirá alguno, que toque el altar un criminal, avaro y ladrón? No digas eso. Porque también la mala mujer, aquella mujer execrable e impura, tocó los pies de Cristo, y no fue este suceso digno de reprensión en Jesús, sino de admiración y grande alabanza; porque no dañó al puro la impura, sino que el puro e inocente hizo con su contacto pura a la fornicaria. No te acuerdes ¡oh hombre! de las injurias; siervos somos de aquel que crucificado decía: *Perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Luc. 23, 34).

Pero es que cerró como con un muro, dirás, la entrada a este lugar de refugio, con diversos decretos y leyes. Pero mira, ya por el hecho ha entendido lo que hizo, y él ha sido el primero en destruir, con lo que acaba de hacer, su propia ley, y se ha convertido en espectáculo de toda la tierra, y en su mismo silencio lanza desde ahí estas voces, con que a todos exhorta: *No hagáis lo que yo, para que no sufráis lo que yo*.

Hase convertido en maestro con el infortunio, y el altar despide rayos de singular resplandor, y se manifiesta ahora como nunca terrible, por tener junto a sí encadenado al león; porque grande es el honor que se hace a la efigie del Emperador, no sólo cuando aparece sentado sobre el trono, ceñido de púrpuras y coronado con la diadema, sino también cuando a sus pies yacen los bárbaros, atados a la espalda los brazos e inclinadas al suelo las cabezas.

Ni ha tenido necesidad de valerse para convocaros de la persuasión de las palabras; testigos vosotros con vuestra prontitud en concurrir.

Es, en efecto, brillante el espectáculo, ilustres la concurrencia de hoy; pues la mansedumbre de pueblo que ahora veo no es menor que la que ví reunida en la Sagrada Pascua; de tal manera este infeliz con su silencio mismo os ha convocado, emitiendo una voz más penetrante que la de una trompeta; y dejando las doncellas su retiro y las matronas los gineceos, y los hombres la plaza, todos habéis concurrido aquí, a ver la naturaleza humana confundida, y expuesta en su desnudez a la vista de todos la inconstancia de las cosas humanas, y aquel su rostro impuro que ayer y anteayer tanto resplandecía (porque tal es la felicidad que nace de las injusticias, más deforme que cualquiera viejezuela llena de arrugas), borrados ya por el infortunio como con una esponja los afeites y coloretos.

V

Tal ha sido el poder de este infortunio, que al que hace poco resplandecía y brillaba le ha hecho aparecer ahora más despreciable que ningún otro. Si ha entrado aquí algún rico, saca gran provecho, porque viendo al que conmovía la tierra derribado de tal altura, y encogido, y más tímido que una liebre y una rana, y sin ataduras atado a esta columna, y cohibido como con cadenas por el temor, y amedrantado y tembloroso, reprime su vanidad, deja la hinchazón, y pensando lo que conviene sobre las cosas humanas, se retira después de aprender en los hechos lo que con palabras nos dice las Escrituras: “Que toda carne es heno, y toda la gloria del hombre como la flor del heno; y marchitóse el heno, y su flor vino a tierra” (Isaías, 40, 7), “que como el heno pronto quedarán marchitos, y que como hojas de grama pronto vendrán a caer; que como humo son sus días” (Sal. 36, 2) y otras cosas parecidas. A su vez, si ha venido algún pobre y ha mirado a ese rostro, no se desprecia ya a sí mismo, ni se entristece por la pobreza, sino que hasta se reconoce deudor a ella, porque se ha convertido para él en lugar de refugio, y puerto sin olas, y muralla segura; y mil veces, al ver esto, preferirá permanecer donde está, que recibir todas las riquezas para breve tiempo, y al fin verse a sí propio en peligro de la misma vida. ¿Ves cómo de haberse éste refugiado aquí no ha sido poca la ganancia que ha resultado para los ricos y para los pobres, para los humildes y para los encumbrados, para los siervos y para los libres? ¿Ves cómo cada uno se retira de aquí con saludable remedio y curado con sólo la vista de éste?

VI

Decidme: ¿He calmado ya vuestro furor y desvanecido la ira? ¿He extinguido ya el fuego de vuestra inhumanidad? ¿Os he ya movido a compasión? Así lo creo, y bien lo muestran vuestros rostros y las fuentes de lágrimas que os están corriendo. Ya, pues, que la piedra se nos ha convertido en suelo profundo y fértil; ea, produzcamos también el fruto de la misericordia y mostrando en nosotros, como abundante mies, el fruto de la compasión, postrémonos ante el Emperador, o más bien, invoquemos a nuestro benigno Dios, para que aplaque la ira del Emperador y ablande su ánimo, de modo que nos conceda gracia completa. Y, por cierto, que ya desde el mismo día en que este infortunado se acogió a este lugar, no fue pequeña la mudanza del

Emperador; pues cuando supo que corrió a buscar auxilio en este lugar de refugio, en presencia del ejército que estaba irritado por los desmanes de éste y le pedía para la muerte, hizo un largo razonamiento, calmando el furor de los soldados, y pidiéndoles no se acordaran tan sólo de lo malo, sino también de lo bueno, si algo había, que éste hubiera hecho, reconociéndose agradecido por lo uno, y perdonándole por lo demás como a hombre.

Pero como ellos persistieran en pedir justicia contra el ultraje del Emperador, clamando, saltando de furia, pidiéndole para la muerte y agitando las lanzas, el Emperador, derramando de sus benignísimos ojos fuentes de lágrimas, hízoles recordar como éste se había acogido a la sagrada mesa, y pudo así calmar el furor.

VII

Ahora bien, hagamos también nosotros algo de nuestra parte: porque, ¿qué indulgencia, si mientras el Emperador, que recibió la injuria, no se acuerda de ella, vosotros, sin haber padecido nada semejante, mostráis tan vivo resentimiento? Y ¿cómo, después que se disuelva esta reunión, podréis llegaros a los santos sacramentos, y decir aquella oración, en la que se nos manda repetir, *perdónanos, como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, si exigís justicia contra vuestro deudor? ¿Ha cometido grandes injusticias y desafueros? Tampoco yo lo negaré. Pero no es este tiempo de justicia, sino de misericordia; no de cuentas, sino de benignidad; no de examen, sino de perdón; no de enjuiciamiento y castigo, sino de piedad y gracia. Nadie, por consiguiente, se encienda en ira ni quede resentido; antes por el contrario, supliquemos a nuestro amoroso Dios que le alargue la vida y le arranque de las garras de tan inminente muerte, para que se despoje de sus culpas. Y todos a una dirijámonos a nuestro benigno Emperador y supliquémosle que por la Iglesia, por el altar, haga gracia de la vida de un hombre a la sagrada mesa. Si esto hiciéremos, el mismo Emperador nos recibirá, y Dios, mejor que el Emperador, nos alabará, y por esta caridad nos concederá grande recompensa. Porque así como aparta de sí y aborrece el duro e inhumano, así al misericordioso y caritativo le junta consigo y le ama; y si es justo, le entrelaza coronas más brillantes; si pecador, se olvida de sus pecados, dándole esta recompensa por la compasión para con su consiervo; porque *misericordia quiero, dice y no sacrificio* (Os. 6, 6). Y en cualquiera

de la Escritura puedes ver como siempre exige lo mismo, diciendo que en esto está la remisión de los pecados. De este modo, por consiguiente, también nosotros le haremos propicio, de este modo obtendremos perdón de nuestros pecados, de este modo honraremos a la Iglesia, de este modo mereceremos también las alabanzas del Emperador, como antes he dicho, y nos aplaudirá todo el pueblo y admirarán los términos de la tierra, la benignidad y mansedumbre de la ciudad, y viendo los habitantes de todo el mundo lo que ha sucedido, pregonarán con elogio nuestros nombres. Al fin, pues, de que goce- mos de tales bienes, postrémonos, invoquemos, roguemos a Dios, arranquemos de este peligro al prisionero, al fugitivo, al esclavo, para que también nosotros gocemos de los bienes venideros, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA](#)